

acto en dirección á Niza: poseído de ardimiento y de alegría, dijo al despedirse que dentro de un mes estaría en Milán ó en París. Aquel entusiasmo pareció temerario; pero en un joven y tratándose de una empresa aventurada era de buen augurio.

En los tres ejércitos que guardaban las provincias insurgentes efectuáronse otros cambios semejantes. Hoche, llamado á París para concertar con el Directorio un plan que pusiera término á la guerra civil, había obtenido un justo favor, recibiendo los mayores testimonios de aprecio. El Directorio, reconociendo la sabiduría de sus planes, los aprobó todos; y para que nadie pudiera contrariar la ejecución, reunió los tres ejércitos de las costas de Cherburgo, de las de Brest y del Oeste en uno solo, con el título de ejército de las costas del Océano, confiando á Hoche el mando superior. Era el mayor ejército de la república, pues elevábase á cien mil hombres y se extendía en varias provincias, exigiendo por lo tanto en el jefe una reunión de poderes civiles y militares del todo extraordinaria. Tan considerable mando era la mayor prueba de confianza que se podía dar á un general, y ciertamente la merecía Hoche. Dotado á los veintisiete años de unas cualidades civiles y militares que con frecuencia llegan á ser peligrosas para la libertad, y hasta alimentando una gran ambición, no tenía sin embargo esa culpable audacia de espíritu que puede conducir á un capitán ilustre á ambicionar más que la calidad de ciudadano; era republicano sincero é igualaba á Jourdan en patriotismo y probidad; la libertad podía aplaudir sin temor sus triunfos, deseándole victorias.

Hoche no había estado apenas más que un mes en París, y en seguida volvió al Oeste para terminar la pacificación de la Vendée á fines del invierno ó á principios de la primavera. Su plan de desarme y pacificación fué redactado en artículos y convertido en decreto por el Directorio. Según este plan, quedaba convenido que un cordón de desarme rodearía las provincias rebeldes, recorriéndolas sucesivamente, y hasta su completa pacificación quedaban sometidas al régimen militar. Todas las ciudades fueron declaradas en estado de sitio. Reconocíase en principio que el ejército debía vivir á expensas del país insurrecto; y en su consecuencia, Hoche estaba autorizado para percibir el impuesto y el empréstito forzoso, bien fuese en metálico ó en especie, según le conviniera, y para formar almacenes y cajas para el mantenimiento del ejército. Las ciudades á quienes los campos sitiaban por hambre debían abastecerse militarmente por medio de columnas destinadas á las principales de ellas. Concedíase perdón á todos los rebeldes que depusieran las armas; en cuanto á los jefes, los que fueran cogidos con ellas en la mano debían ser fusilados, y los que se sometiesen, detenidos ó sujetos á la vigilancia en las ciudades designadas ó conducidos fuera del país. El Directorio, aprobando el proyecto de Hoche, que consistía en pacificar desde luego la Vendée antes de pensar en Bretaña, autorizábale para terminar sus operaciones en la orilla izquierda del Loira, conduciendo después sus tropas á la derecha. Tan pronto como la Vendée estuviera completamente sometida, una línea de desarme debía abrazar toda la Bretaña desde Granville hasta el Loira, y avanzar así recorriendo la península bretona hasta el cabo de Finis-

terre. Hoche debía designar el momento en que, pareciéndole sometidas ya estas provincias, quedarían exentas del régimen militar para regirse por el sistema constitucional.

Habiendo llegado Hoche á Angers hacia fines de noviembre (mediados de enero), halló sus operaciones muy desarregladas por causa de su ausencia; y como el éxito de su plan dependía sobre todo de la manera de ejecutarlo, era indispensable que estuviera presente. El general Willot no le había substituído bien; la línea de desarme adelantaba poco, y Charette la había franqueado, pasando á retaguardia. Observábase también mal el sistema de abastecimientos, y habiendo carecido con frecuencia el ejército de lo necesario, entregóse de nuevo á la indisciplina, cometiendo actos capaces de irritar los ánimos. Sapinaud, después de haber hecho una tentativa hostil contra Montaigú, según hemos visto, obtuvo del general Willot una paz ridícula, en la que Hoche no podía consentir. Por último, Stofflet echándola siempre de príncipe y Bernier de primer ministro, reforzábanse con los desertores de Charette y hacían preparativos secretos. Las ciudades de Nantes y de Angers carecían de víveres: los patriotas refugiados de los países circunvecinos se habían reunido, y declamaban en los clubs con una furia digna de los jacobinos. En fin, se propagaba el rumor de que Hoche no había sido llamado á París sino para perder su mando; los unos le suponían destituido por realista y los otros por jacobino.

Su regreso desvaneció todos los rumores, reparando los males causados por su ausencia. Volvió á comenzar el desarme, llenáronse los almacenes, se abastecieron las ciudades, declaradas todas en estado de sitio; y autorizado Hoche desde entonces á ejercer la dictadura militar, cerró los clubs jacobinos formados por los refugiados, y sobre todo una sociedad conocida en Nantes con el nombre de *Cámara ardiente*. Rehusó ratificar la paz concedida á Sapinaud; hizo ocupar su país, y dejóle en libertad de salir de Francia ó de recorrer los bosques, bajo la pena de ser fusilado si le cogían. Mandó estrechar á Stofflet más que nunca, volviendo á dar principio las persecuciones contra Charette. Confió este servicio al ayudante general Travot, que á una gran intrepidez reunía toda la actividad de un partidario, poniendo á sus órdenes varias columnas de infantería ligera y de caballería, de modo que no se dejara al perseguido un momento de reposo ni esperanza.

Charette, en efecto, acosado día y noche, no tenía ya medio de escapar: los habitantes del Marais, desarmados y vigilados, no podían ya prestarle auxilio alguno: después de entregar más de siete mil fusiles, algunos cañones y cuarenta barriles de pólvora, érales imposible volver á tomar las armas, y aunque hubiesen podido, no habrían querido, porque se consideraban felices con el reposo que disfrutaban y temían exponerse á nuevas devastaciones. Los campesinos iban á indicar á los oficiales republicanos los caminos por donde Charette pasaba, los retiros en que iba á descansar un instante; y cuando podían apoderarse de algunos de los que le acompañaban, entregábanlos al ejército. Charette, escoltado apenas por unos cien servidores fieles, y seguido de algunas mujeres que servían para su recreo, no pensaba sin embargo en rendirse.

Lleno de desconfianza, mandaba quitar la vida á sus

patronos cuando temía que le delataran; y dícese que hizo dar muerte á un cura porque sospechaba que le había denunciado á los republicanos. Travot le encontró varias veces, mátóle unos sesenta hombres y varios oficiales, entre ellos á un hermano, y así es que sólo le quedaban unos cuarenta ó cincuenta.

Mientras que Hoche le acosaba sin descanso, continuando su proyecto de desarme, Stofflet, viéndose con espanto rodeado por todas partes, comprendió muy bien que, una vez exterminados Charette y Sapinaud y sometidos todos los chuanes, no se toleraría más tiempo la especie de señorío que se había arrogado en Anjou. Pensó, pues, que para obrar no debía esperarse á que todos los realistas estuviesen exterminados, y alegando por pretexto un reglamento de Hoche, levantó de nuevo el estandarte de la rebelión, volviendo á tomar las armas. Hoche estaba en aquel momento en las orillas del Loira, é iba á dirigirse á Calvados para juzgar por sí mismo del estado de Normandía y de Bretaña; pero al momento aplazó su partida, haciendo preparativos á fin de apoderarse de Stofflet antes que su rebelión pudiese adquirir alguna importancia. Por lo demás Hoche se congratulaba de que el mismo Stofflet le ofreciese motivo para romper la pacificación. Aquella guerra le inquietaba poco, y permítale tratar al Anjou como al Marais y Bretaña. Acto continuo mandó salir sus columnas de varios puntos á la vez, del Loira, del Layón y del Sevre nantés; y atacado Stofflet por todas partes, no pudo sostenerse en ninguna. Los campesinos de Anjou eran aún más sensibles que los del Marais á las dulzuras de la paz; no habían contestado al llamamiento de su antiguo jefe, y dejáronle comenzar la guerra con la gente perdida del país y los emigrados que llenaban su campamento. Dos partidas que formó fueron dispersadas, y él mismo se vió obligado á recorrer los bosques como Charette; pero no tenía la tenacidad y destreza de este jefe, y su país no estaba tan felizmente dispuesto para ocultar á una cuadrilla de merodeadores. Al fin fué entregado por sus propios hombres: atraído á una granja bajo el pretexto de celebrar una conferencia, agarrotáronle y le entregaron á los republicanos: asegúrase que su fiel ministro, el abate Bernier, tomó parte en esta traición. La aprehensión del jefe era de gran importancia para el efecto moral que debía producir en aquellos países. Fué conducido á Angers, y después de sufrir un interrogatorio, fusiláronle el 7 ventoso (27 febrero) en presencia de un pueblo inmenso.

Esta noticia produjo el mayo regocijo, haciendo presagiar que muy pronto terminaría la guerra en aquellos desgraciados países. En medio de las penosas atenciones que exigía este género de guerra, Hoche sufría toda clase de disgustos. Los realistas le llamaban naturalmente bribón y bebedor de sangre, por más que los exterminara por las vías legales, y hasta los patriotas le atormentaban con sus calumnias. Los refugiados de la Vendée y de Bretaña, cuyos furores reprimía, castigando su pereza al dejar de alimentarlos cuando podían estar ya seguros en sus tierras, le denunciaban al Directorio; las administraciones de las ciudades que ponía en estado de sitio reclamaban contra el establecimiento del sistema militar, denunciándole también, y los ayuntamientos sujetos á las multas y al impuesto militar

quejábanse igualmente. Era un continuo concierto de reclamaciones, tanto que Hoche, hombre de carácter irritable, se desesperó varias veces y presentó formalmente su dimisión, la cual no admitió el Directorio, consolándole con nuevos testimonios de aprecio y confianza. Hízole un donativo nacional de dos magníficos caballos, donativo que no era sólo una recompensa, sino un auxilio indispensable, porque aquel joven general, amante de los placeres, que estaba á la cabeza de un ejército de cien mil hombres, y que disponía de las rentas de varias provincias, carecía, sin embargo, algunas veces de lo necesario. Su sueldo, pagado en papel, se reducía á nada; carecía de caballos, de sillas, de bridas, y pedía se le autorizase para tomar, pagándolas, seis sillas, seis bridas, herraduras, algunas botellas de ron y varios pilones de azúcar de los almacenes que habían dejado los ingleses en Quiberón. ¡Admirable ejemplo de delicadeza que nuestros generales republicanos dieron á menudo, y que iban á ser cada día más raros á medida que nuestras invasiones se extendieran y que nuestras costumbres guerreras se corrompiesen por efecto de las conquistas y de las costumbres cortesanas!

Estimulado, pues, por el gobierno, continuó Hoche sus esfuerzos para terminar su obra en la Vendée. La pacificación no dependía más que de la prisión de Charette, que, reducido al mayor apuro, pidió á Hoche permiso para pasar á Inglaterra. Otorgósele Hoche en virtud de la autorización que le daba el decreto del Directorio, relativa á los jefes que hiciesen su sumisión; pero Charette había pedido esto para obtener algún descanso, sin ánimo de aprovecharse de tal gracia. El Directorio, por su parte, no quería perdonar á Charette, porque creía que este famoso jefe sería siempre el tizón del país, y por esto escribió á Hoche que ninguna gracia se le concediera, pero cuando Hoche recibió esta nueva orden, Charette había declarado ya que su petición era una ficción para descansar algunos momentos, y que no quería perdón de los republicanos, empezando otra vez á recorrer los bosques.

No podía seguir escapando de los republicanos: perseguido á la vez por columnas de infantería y caballería, observado por soldados disfrazados, denunciado por los habitantes, que querían librar á su país de la devastación, y acosado en los bosques como una fiera, cayó el 2 germinal (22 de marzo) en una emboscada que le preparó Travot. Armado hasta los dientes y rodeado de algunos hombres intrépidos que se esforzaban por cubrirle con su cuerpo, defendióse como un león y cayó al fin herido de varios sablazos. No quiso entregar su espada sino al valeroso Travot, quien le trató con todas las consideraciones debidas á tanta intrepidez.

Condujéronle al cuartel republicano, y le convidó á su mesa el jefe de Estado Mayor Hedouville. Charette habló con mucha serenidad, no manifestando sentimiento alguno por la suerte que le esperaba. Le trasladaron prisionero á Angers, y después á Nantes, para terminar su vida en el mismo sitio que había sido testigo de su triunfo; después de sufrir un interrogatorio al que respondió con entereza y oportunidad. Preguntáronle acerca de los supuestos artículos secretos del tratado de La Jaunaye, y confesó que no existía ningun-



no; no trató de sincerar su conducta, ni disculpar sus motivos, declarando que era servidor del trono, y que había empleado todas sus fuerzas para derribar la república; manifestando mucha dignidad é indiferencia. Conducido al suplicio en medio de un inmenso gentío que no era bastante generoso para perdonarle los males de la guerra civil, conservó toda su serenidad. Iba cubierto de sangre: había perdido tres dedos en el último combate y llevaba el brazo en cabestrillo y la cabeza cubierta con un pañuelo. No quiso que le vendasen los ojos ni ponerse de rodillas; permaneciendo de pie, extendió el brazo herido, y dando él mismo la señal, cayó muerto en el acto: era el 9 germinal (29 de marzo). Así acabó aquel hombre célebre, cuyo valor causó tantos males á su país y que mereció haber brillado en otra carrera. Comprometido por la última tentativa de desembarco que hizo en las costas, no quiso retroceder y murió desesperado. Se dice que manifestó un vivo resentimiento contra los príncipes á quienes había servido y de los cuales se consideraba como abandonado.

La muerte de Charette causó tanta alegría como la mayor victoria contra los austriacos. Ella decidió el fin de la guerra civil, y Hoche, penetrado de que nada más tenía que hacer en la Vendée, retiró el grueso de sus tropas para llevarlas al otro lado del Loira y desarmar la Bretaña.

Dejó, sin embargo, suficientes fuerzas para reprimir las tropas aisladas que se siguen por lo común á las guerras civiles y para acabar de desarmar el territorio. Antes de pasar á Bretaña tuvo que sofocar una rebelión que estalló en las cercanías de Anjou, hacia el Berry, lo cual le ocupó algunos días, dirigiéndose después con veinte mil hombres á Bretaña, que consecuente á su plan, rodeó con un ancho cordón desde el Loira hasta Granville. No era posible que los infelices chuanes pudieran sostener tan grande y bien meditado esfuerzo; y el primero que pidió someterse fué Scepeaux, entre el Vilaine y el Loira, entregando considerable número de armas. Pero á medida que se veían impelidos hacia el

Océano, se defendían con más obstinación los chuanes, pues privados de municiones se batían cuerpo á cuerpo, á puñaladas y bayonetazos, hasta que por fin se les arrinconó hacia el mar. Rindió las armas el Morbihán, que hacía mucho tiempo se había separado de Puisaye, siguiendo este ejemplo unas tras otras las restantes divisiones. En breve quedó sometida también toda la Bretaña, y Hoche no tuvo que hacer más que distribuir sus cien mil hombres en una multitud de acantonamientos para vigilar el país y hacerles vivir más cómodamente.

El trabajo que aún le quedaba consistía en cuidados de administración y policía, necesitando aún algunos meses de gobierno templado y hábil para calmar los odios y restablecer la paz. A pesar de los furiosos gritos de todos los partidos, Hoche era temido, querido, respetado en el país, y los realistas empezaban á perdonar á una república tan dignamente representada. El clero especialmente, cuya confianza supo captarse, le miraba con el mayor aprecio, y le instruía con exactitud de cuanto le interesaba saber: todo presagiaba la paz y el término de horribles calamidades. La Inglaterra no podía contar ya con las provincias occidentales para atacar la república en su mismo seno; veía por el contrario en este país cien mil hombres, de los cuales cincuenta mil eran disponibles y podían emplearse en alguna empresa fatal para ella. En efecto, meditaba Hoche un gran proyecto cuya ejecución reservaba para mediados de la primavera, y sumamente satisfecho el gobierno de los servicios que acababa de prestar, y queriendo indemnizarle de la penosa empresa que había sabido llevar á cabo, hizo que se le declarase á él y á los ejércitos que habían conseguido tan grandes victorias beneméritos de la patria.

De esta suerte quedó pacificada la Vendée en el mes de germinal, antes que ninguno de los ejércitos hubiera entrado en campaña, pudiendo el Directorio entregarse sin inquietud á sus grandes operaciones y aun obtener útiles refuerzos de las costas del Océano.

### CAPÍTULO III

Campaña de 1796. — Conquista del Piamonte y de Lombardía por el general Bonaparte. — Batallas de Montenotte y Millesimo. — Paso del puente de Lodi. — Establecimiento y política de los franceses en Italia. — Operaciones militares en el Norte. — Paso del Rhin por los generales Jourdan y Moreau. — Batallas de Radstadt y de Ettlingen. — El ejército de Italia toma posiciones sobre el Adige y el Danubio.

Iba á comenzar la quinta campaña de la libertad, y debía inaugurarse en los más magníficos teatros militares de Europa, en los más variados por sus obstáculos, sus accidentes y sus líneas de defensa ó ataque. Eran, por una parte, el gran valle del Rhin y los dos transversales del Mein y del Nécker, y por la otra los Alpes, el Po y la Lombardía. Los ejércitos que debían entrar en línea eran los más aguerridos que jamás se hubieran visto sobre las armas, y también bastante numerosos para ocupar el terreno en que debían operar, mas no para inutilizar las combinaciones y reducir la guerra á una simple invasión. Mandábanlos generales jóvenes, libres de toda rutina, de toda tradición, pero instruídos y entusiasmados por grandes acontecimientos. Todo contribuía, pues, para que la lucha fuese tenaz, variada, fecunda en combinaciones y digna de la atención de los hombres.

El proyecto del gobierno francés, según se ha visto, era invadir la Alemania para mantener á sus ejércitos en país enemigo, separar á los príncipes del Imperio, atacar á Maguncia y amenazar los Estados hereditarios. Al mismo tiempo trataba de acometer una tentativa audaz en Italia, para sostener sus ejércitos y arrebatar al Austria este rico país.

Se había confiado en el Rhin el mando de dos brillantes ejércitos de setenta á ochenta mil hombres á dos generales célebres, y otros treinta mil soldados hambrientos se habían puesto bajo la dirección de un joven desconocido, pero osado, para probar fortuna al otro lado de los Alpes.

Llegó Bonaparte al cuartel general de Niza el 6 germinal, año iv (26 de marzo). Todo lo halló en el más deplorable estado. Las tropas estaban reducidas á la última miseria; sin vestidos, zapatos, pagas y hasta sin víveres, sufrían sin embargo sus privaciones con ánimo extraordinario. Gracias al industrioso ingenio que caracteriza al soldado francés, habían organizado el merodeo, y bajaban alternativamente y por turno á los campos del Piamonte para procurarse víveres. La artillería carecía absolutamente de caballos, y para ir manteniendo los de la caballería les habían llevado á retaguardia, á las orillas del Ródano.

Por causa de las turbulencias no se habían sacado aún del Mediodía el caballo de cada treinta y el empréstito forzoso. Bonaparte recibió por único recurso dos mil luses en metálico y un millón en letras, parte de las cuales fueron protestadas.

Para suplir á todo lo que hacía falta y lograr algunos recursos, se negociaba con el gobierno genovés, y no habiéndose recibido aún satisfacción por el atentado cometido contra la fragata *Modesta*, se pedía al Senado de Génova en reparación de esta violación de neutralidad que consintiese en el empréstito y entregase á los franceses la fortaleza de Gavi, que domina el camino de Génova á Milán. También se exigía el indulto de las familias genovesas expulsadas por su adhesión á Francia. Tal era la situación del ejército cuando llegó el general Bonaparte.

Respecto á los hombres presentaba muy diferente aspecto, porque la mayor parte eran soldados que entraron en el ejército cuando la leva general, instruídos, jóvenes, acostumbrados á las privaciones y aguerridos en los gigantescos combates de los Alpes y los Pirineos. Los generales tenían las cualidades de los soldados. Los principales eran Massena; el joven Nissard, de inculto genio, pero exacto y despejado en medio de los peligros, y de una tenacidad indomable; Augereau, antiguo maestro de esgrima, que por su mucho valor y habilidad para conducir á los soldados había llegado á los grados más distinguidos; Laharpe, suizo expatriado que tenía instrucción y denuedo; Serrurier, antiguo mayor, metódico y valiente, y por último Berthier, cuya actividad y exactitud en todas las circunstancias, sus conocimientos geográficos y su facilidad en conocer á simple vista la extensión de un terreno ó la fuerza numérica de una columna, le hacían sumamente á propósito para ser jefe de estado mayor extraordinariamente útil.

Tenía aquel ejército sus depósitos en la Provenza, hallándose situado á lo largo de la cordillera de los Alpes, unido por su izquierda con el de Kéllermann, guardando el collado de Tenda, y extendiéndose hacia el Apenino. La fuerza activa ascendía cuando más á treinta y seis mil hombres. La división de Serrurier estaba en Garesio, al otro lado del Apenino, para vigilar á los piamonteses en sus atrincheramientos de Ceva, y las divisiones Augereau, Massena y Laharpe, que formaban un total de cerca de treinta mil hombres, se hallaban á esta parte del Apenino.

Los piamonteses, en número de veinte á veintidós mil, á las órdenes de Colli, acampaban en Ceva á la falda de los montes, y los austriacos, en número de treinta y seis ó treinta y ocho mil, se adelantaban por los caminos de la Lombardía hacia Génova. Beaulieu,